

**GÉNERO Y GENERACIÓN EN LAS EXPERIENCIAS DE
ASCENSO SOCIAL DE PERSONAS NEGRAS EN BOGOTÁ***

*Gender and Generation in the Social Ascent
Experiences of Black People in Bogotá*

MARA VIVEROS VIGOYA**

Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

FRANKLIN GIL HERNÁNDEZ***

Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

* Este artículo hace parte de los resultados del proyecto “‘Raza’, género y ascenso social: la experiencia de las clases medias negras en Colombia (un estudio de caso en Bogotá y Cali)” (Viveros et ál., 2008), financiado por Colciencias.

** mviverosv@bt.unal.edu.co

*** fggilh@bt.unal.edu.co

Artículo de investigación recibido: 4 de febrero del 2010 · aprobado: 7 de junio del 2010

RESUMEN

Este artículo presenta algunos de los resultados de la investigación “*Raza*”, *género y ascenso social: la experiencia de las clases medias negras en Colombia (un estudio de caso en Bogotá y Cali)*. En él se analiza el ascenso social de personas negras, particularmente en la ciudad de Bogotá, haciendo énfasis en los efectos causados por las diferencias generacionales y de género. En primer lugar, se abordan aspectos teóricos y metodológicos generales sobre el estudio de las clases medias negras en Colombia. En segundo lugar, se expone el conjunto de biografías de las personas de raza negra consideradas en el marco del estudio, conjunto analizado a partir de los esquemas de sus trayectorias educativas. Luego, se presenta en detalle las experiencias de su ascenso social con base en el análisis de fragmentos de las narraciones de su historia de vida y familiar. Al final del escrito, se hacen algunas observaciones sobre las relaciones entre identidad negra y ascenso social.

Palabras clave: *clase media en Colombia, afrocolombianos, población negra, ascenso social, género, generación.*

ABSTRACT

This article presents some of the results of the research project “*Race*”, *Gender, and Social Ascent: The Experience of the Black Middle Classes in Colombia (A Case Study in Bogotá and Cali)*. It analyzes the social ascent of black people, particularly in Bogotá, emphasizing the effects of generational and gender differences on this process. Firstly, the article addresses the theoretical and methodological aspects of the study of black middle classes in Colombia. Secondly, it presents the biographies of the black people included in the study, a group that was analyzed on the basis of their educational experience. Thirdly, it provides a detailed presentation of social ascent experiences on the basis of the participants’ personal and family histories. Finally, it examines the relations between black identity and social ascent.

Key words: *Colombian middle class, Afro-Colombians, black population, social ascent, gender, generation.*

INTRODUCCIÓN

Según diversos estudios, la población negra está expuesta a graves problemas de pobreza y desplazamiento forzado (Arocha, 2002; Barbary & Urrea, 2004; Mosquera, 1998; Urrea, Ramírez & Viáfara, 2004), y en términos generales se puede afirmar que es el grupo humano que padece con mayor intensidad la desigual distribución de la riqueza característica en Latinoamérica. Entonces ¿por qué se ha comenzado un programa de estudios sobre las pocas personas negras que no han estado expuestas a estas experiencias? ¿Para qué estudiar las excepciones? ¿Para qué estudiar las clases medias negras?

Si bien somos conscientes de la necesidad de estudiar los problemas de desigualdad social antes mencionados, hay tres motivaciones que guían esta empresa: 1) la pertinencia de disociar los factores de clase de los factores raciales para explorar la existencia de una opresión específicamente racial y destacar experiencias de discriminación racial en sectores no populares —en un contexto como el colombiano donde la clase y la raza se superponen con mucha frecuencia¹—. 2) La intuición de que estudiar la excepción nos permite generar respuestas sobre problemas más generales de desigualdad. Y 3) el interés de utilizar un marco teórico que busque poner en relación clase, género y raza en la comprensión de las experiencias de las personas negras en Colombia.

Plantear un estudio sobre las clases medias negras en Bogotá, la capital del país, y en Cali, una de las ciudades colombianas con mayor porcentaje de población negra, a partir de un trabajo de entrevistas con mujeres y hombres residentes en estas dos ciudades², representa una tarea particularmente compleja si tenemos en cuenta que la categoría de “clases medias” y la de “negro” no solo carecen de una definición obvia o unívoca, sino que, por el contrario, su precisión conceptual ha sido objeto de reflexión para las ciencias sociales.

-
- 1 Ya habíamos participado en un proyecto en el que esta cuestión fue abordada en el caso de personas de origen popular y de personas en situación de desplazamiento. Fue coordinado por Donny Meertens y titulado: El Género en las Discriminaciones Raciales y las Recomposiciones Identitarias, también financiado por Colciencias.
 - 2 En este artículo nos concentramos en el caso bogotano, aunque damos información contextual. El grupo de Bogotá no puede mirarse de manera aislada respecto de los procesos dados especialmente en la región del Pacífico.

A propósito de la categoría “clase social”, cabe tenerse en cuenta como punto de partida que el acercamiento marxista clásico —que define dos grandes clases sociales en función del lugar que ocupan en relación con los medios de producción— no es muy adecuado para pensar las clases sociales en el mundo contemporáneo, esto si se consideran los grandes cambios que ha tenido con respecto al funcionamiento del mercado, como: el lugar preponderante del sector terciario en la economía, la importancia creciente del sector financiero en detrimento del sector industrial, y los procesos de transnacionalización de las relaciones laborales. Tener en cuenta estos cambios nos invita a reconocer la existencia de agentes que ocupan posiciones intermedias en el orden de clases, así como la importancia de otros criterios de jerarquización social distintos al económico. Esta perspectiva clásica resulta aún menos adecuada para Colombia, cuyo desarrollo capitalista no se acomoda necesariamente al modelo canónico.

Con base en estas consideraciones, acudiremos a un concepto de clase inspirado en un marco weberiano que incluye no solo criterios de posición económica, sino también de estatus de grupo. De manera más específica, utilizaremos la noción de clase propuesta en los trabajos de Bourdieu (1979a; 1979b), quien tiene una visión más compleja de la constitución de las clases sociales e incluye —además de los capitales materiales y los ingresos económicos— gustos, valores y consumos que configuran estilos de vida que funcionan como dispositivos *enclasantes*. El capital económico (los bienes financieros, el patrimonio) no es el único que cuenta en la determinación y la reproducción de las posiciones de clase. También son muy importantes el capital cultural (diplomas, conocimientos adquiridos, códigos culturales, maneras de hablar, “buenas maneras”) y el capital social (relaciones, redes de relaciones). A este marco de análisis añadiríamos el peso que tiene, en el caso latinoamericano, la colonialidad del poder y del saber en la construcción de las clases sociales (Quijano, 2000)³.

3 En el contexto colombiano, las clasificaciones de las personas de acuerdo con categorías raciales tienen su origen en el marco de una historia de colonización en la cual el patrón de dominación fue organizado y establecido sobre la idea de raza, lo que ha instaurado un orden en el cual coexisten en forma dispar “lo negro”, “lo indio”, “lo mestizo” y “lo blanco”, si bien “lo blanco” y en cierto modo “lo mestizo” son más valorados social y culturalmente, mientras que “lo negro” y “lo indígena” encarnan las categorías más devaluadas (véase Wade, 1997).

En esta investigación las “clases medias” serán entendidas como grupos sociales que ocupan una posición intermedia en el espacio social, tienen estudios universitarios, disponen de un ingreso que permite cierto confort material y un estilo de vida que implica universos simbólicos asociados a la encarnación y apropiación del discurso y los valores que están relacionados con la modernidad. Entre estos valores podemos mencionar, por ejemplo, la centralidad del trabajo y de la carrera en los proyectos de vida, así como la adhesión a las normas de control natal y de aplazamiento de proyectos conyugales y reproductivos. Esta adhesión normativa implica a veces la identificación con formas conservadoras de asumir la paternidad, la maternidad, la vida sexual, las nociones de intimidad y de subjetividad, e incluso las formas de participación política. Sin embargo, no estamos hablando de un grupo homogéneo a priori, ya que no son una totalidad coherente que instituye identidades fijas y sin conflictos, “sino campos de fuerza en los que coexisten significaciones diversas opuestas y hasta contradictorias” (Portocarrero, 1998: 17, citado en Viveros, 2002: 26).

De acuerdo con nuestro punto de partida, nos interesa analizar el modo en que la experiencia de clase es modificada por las diferencias de género, generación y “raza”, y por las experiencias subjetivas que llevan a las personas a relacionarse de manera diversa con esas diferencias, teniendo en cuenta la influencia de los elementos estructurales en las trayectorias de ascenso social.

Al igual que el concepto de clase social, las denominaciones “negro”, “afrocolombiano”, “afrodescendiente” y “comunidades negras” han sido objeto de intensos debates no solo en el ámbito académico, sino también en el político. Para varios grupos e investigadores que intervienen en esa nueva arena política y social “afrocolombiana”, el término “negro” debe ser abolido del vocabulario por ser una categoría creada para legitimar la esclavización y la dominación social. Solo se admite su uso como adjetivo para calificar, mas no su utilización como sustantivo; por el contrario, se estimula el uso del término “afrocolombiano” como sustantivo para definir a un nuevo actor social, del cual se subraya la especificidad cultural (*afro*) y la integración política (*colombiano*), buscando además hacer explícita la alusión a una herencia africana en la historia y en las dinámicas contemporáneas de los grupos políticos (Agudelo, 2005). Sin embargo, no se puede ignorar que,

en un mundo donde “lo negro” no está validado cultural ni socialmente, es igualmente estratégico y político asumir la resignificación del término “negro(a)” como un elemento de resistencia cotidiana, asumiendo como positivo lo que antes fue objeto de discriminación y subestimación. La autodenominación puede producir un sentido de identidad apropiado positivamente y, en ese sentido, ser una forma válida de subvertir el sistema de clasificación dominante (Curiel, 1999; Lavou Zoungbo, 2001, citados en Viveros, 2002).

En este artículo utilizamos el término “negro o “negra” como un adjetivo que retoma las calificaciones y clasificaciones raciales a partir de las cuales se discrimina a las personas por su raza. Estas clasificaciones son entendidas como construcciones sociales complejas con esquemas de percepción que operan de manera irreflexiva, a partir de procesos de naturalización históricamente constituidos (Arango, Meertens & Viveros, 2005). En esa medida, consideramos que la percepción de las variaciones fenotípicas no es un hecho natural sino social.

A continuación, presentamos un perfil general del grupo estudiado y una comparación de sus trayectorias educativas, considerando que estas objetivan su proceso de ascenso social. Posteriormente, analizamos los efectos de las diferencias de género y generación en el ascenso social, acudiendo a figuras que nos permiten tener una visión de conjunto, así como a fragmentos de algunas entrevistas y de las historias familiares realizadas en el marco de este estudio.

PERFILES Y TRAYECTORIAS SOCIALES DE LAS PERSONAS ENTREVISTADAS

¿Quiénes son?

Los entrevistados y las entrevistadas se acercan a la definición ya propuesta de “clases medias” y se autoidentificaron como personas “negras”, “morenas” y, en menor proporción, como “afrocolombianas”, “afrodescendientes” o “mulatas”. En el caso de Bogotá, por ejemplo, de treinta entrevistados y entrevistadas, veintiuno se identificaron como personas negras, seis como morenas y tres usaron otras categorías. La categoría de “moreno” fue más usada por los hombres (cinco), y solo una mujer se identificó como tal. Todos los que se identificaron como morenos son del grupo de los más jóvenes (menores de 35 años),

excepto uno de los hombres, quien por cierto está muy cercano al límite (38 años).

De las sesenta entrevistas realizadas, la mitad corresponde a Cali y la otra mitad a Bogotá, y fueron obtenidas a través de distintas redes sociales, muchas de las cuales tuvieron como punto de partida los equipos de investigación en ambas ciudades. Mientras que la gran mayoría de entrevistados y entrevistadas fueron seleccionados a partir de un listado de contactos posibles —que incluía a personas que ocupaban cargos destacados o tenían el perfil buscado—, unos pocos fueron referenciados por otros entrevistados.

En Bogotá, ciudad de la que nos ocupamos en este artículo, quince entrevistas corresponden a mujeres y quince a hombres. Las edades de los entrevistados oscilan entre los 25 y 60 años, y aquellos se agrupan de manera diferenciada según su sexo. De los hombres, siete tienen entre 25 y 35 años, siete entre 36 y 45, y solo uno es mayor de 46 años. De las mujeres, cinco tienen entre 25 y 35 años, cinco entre 36 y 45, y cinco son mayores de 46 años. Por el contrario, los lugares de nacimiento de las personas entrevistadas son muy parecidos: trece proceden de la región Pacífica, diez de la zona andina y siete del Caribe.

La selección de Bogotá como sede de nuestra investigación implica que las clases medias negras de las cuales hablamos sean no solo urbanas sino urbanizadas y, en muchos aspectos, semejantes a las clases medias en general: esta cercanía social se expresa en sus estilos de vida, consumos culturales y pertenencia a redes sociales no étnicas, así como en algunas de sus características sociodemográficas como: el tamaño de los hogares, que pueden ser incluso unipersonales, el reducido número de hijos y el hecho de que la edad de la reproducción y el matrimonio es relativamente tardía.

Además de estas características cabe destacar otras de sus particularidades sociales, compartidas en gran parte con todas las clases medias. Este grupo es a la vez progresista y conservador. Progresista, porque incursiona en nuevos espacios sociales, genera nuevos estilos de vida y es un grupo que está más relacionado que otros con los discursos y valores asociados a la modernidad. Pero también es un grupo conservador que asume en muchos aspectos los valores dominantes, pertenecientes, dentro del ámbito colombiano, a los grupos “blancos”

de elites que promueven normas convencionales con respecto al lugar de las mujeres en la sociedad y a la familia monogámica y heterosexual.

¿Cuáles han sido sus itinerarios de ascenso social?

Con base en un análisis de las trayectorias sociales de los entrevistados en el curso de tres generaciones —la propia, la de sus padres y la de sus abuelos— podemos identificar dos grandes grupos en función del tipo de ascenso social: *los que reproducen la situación social de su padres y abuelos*, y *los que ascienden socialmente con respecto a estos*. En el segundo grupo podemos distinguir además diferentes ritmos de ascenso en estas trayectorias; allí unas son más graduales y otras más aceleradas⁴.

Para generar una visión panorámica de estas trayectorias sociales recurrimos a la elaboración de unas figuras que permiten ver el conjunto de tales trayectorias desde una perspectiva generacional, teniendo al *ego* como punto de llegada⁵, a los abuelos como punto de partida y a los padres como punto de inflexión.

Las figuras de ascenso social que elaboramos tomaron en consideración, en primer lugar, el nivel educativo y, en segundo lugar, la ocupación. Para el nivel educativo consideramos una escala de 0 a 7, en la cual 0 es “no escolarización”, 1 es “primaria”, 2 es “secundaria”, 3 corresponde a “técnico y normalista”, 4 es “universitario”, 5 indica “especialización”, 6 es “maestría” y 7 corresponde a “estudios de doctorado”. Los estudios incompletos están ubicados 0,5 puntos por debajo del nivel al que correspondan, por ejemplo: “secundaria incompleta” sería 1,5.

Para las ocupaciones construimos una escala de 0 a 4, en la que se tuvo en cuenta el grado de calificación, el tipo de labor realizada (p. ej., si es o no manual) y la proporción de ingresos. En el nivel 0 concentramos ocupaciones como: agricultor, vendedor ambulante,

4 En una parte cuantitativa desarrollada en el marco de este proyecto se usaron las categorías de “movilidad de corta distancia” y de “movilidad de larga distancia” para diferenciar el tipo de movilidad en relación con la posición inmediata o con una más alejada. Para la parte cualitativa optamos por usar las categorías de “gradual” y de “acelerada” que corresponden respectivamente a las categorías de “movilidad de corta distancia” y de “movilidad de larga distancia”.

5 En las figuras de las trayectorias, el *ego* representa la última generación, mientras que en las historias familiares, como ya mencionamos, representa la segunda generación.

trabajador doméstico, etc.; en el nivel 1, como: obrero no calificado, albañil, carpintero, pequeño comerciante, artesano, etc.; en el nivel 2, como: obrero calificado, oficinista, secretaria, profesor de primaria o secundaria, modelo, becario, etc.; en el nivel 3, como: médico, abogado, profesional liberal, profesor universitario, profesional contratista, consultor independiente, etc., y en el nivel 4, como: alto administrativo, gerente, gran propietario, empresario, etc.⁶.

a. Trayectorias reproductivas

La figura 1 es una representación de las trayectorias de acuerdo con el nivel educativo de las tres generaciones.

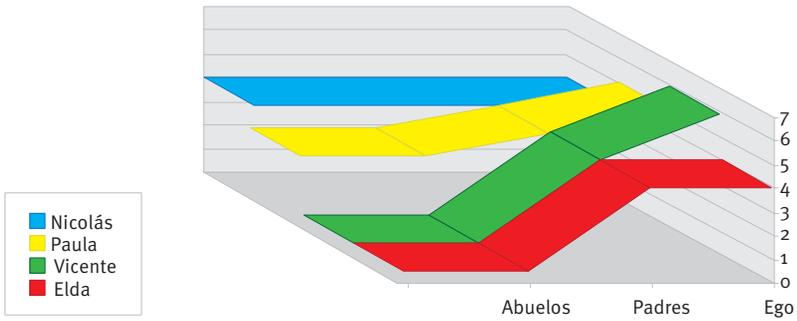


Figura 1
Trayectorias reproductivas y trayectorias mixtas.

En la figura 1, tanto Nicolás como Paula representan trayectorias reproductivas para las tres generaciones. En estos ejemplos, Nicolás, con estudios universitarios, tiene abuelos y padres que cuentan con este nivel académico; Paula, con estudios de posgrado, también tiene abuelos y padres con estudios universitarios.

En esta figura, Elda y Vicente representan trayectorias mixtas, es decir, que son reproductivas en relación con los padres, pero que son de ascenso si consideramos a los padres en relación con los abuelos. En estos ejemplos, entonces, Elda, con estudios universitarios, tiene

6 Algunas observaciones sobre las ocupaciones serán presentadas más adelante, aunque en este artículo no presentamos las figuras de ascenso social basadas en la ocupación.

abuelos con la primaria incompleta y padres con estudios universitarios, y Vicente, quien tiene estudios de posgrado, tiene abuelos con la primaria incompleta y padres con estudios universitarios.

En este modelo simulado⁷, Nicolás representaría el modelo ideal de esa reproducción de abuelo a *ego*, mientras que Vicente y Elda representarían un modelo de reproducción en relación solo con los padres. Las distintas variaciones de los modelos evidencian un elemento histórico que es necesario tener en cuenta a la hora de analizar esa movilidad: si bien la escala plantea una jerarquía basada en una interpretación sincrónica, un análisis diacrónico pone de presente que aunque en esta escala los estudios universitarios se ubican por encima de los estudios técnicos, es muy posible que estemos hablando de trayectorias de reproducción más que de trayectorias de ascenso. En efecto, es probable que el cargo, los ingresos y el confort material que los padres tuvieron con estudios técnicos sean comparables a los de los hijos con estudios universitarios. Podría pasar lo mismo en el caso de abuelos con estudios secundarios completos, padres con estudios universitarios y un *ego* con estudios de posgrado.

b. Trayectorias ascendentes

La figura 2 ilustra dos situaciones: trayectorias reproductivas para las tres generaciones y trayectorias mixtas.

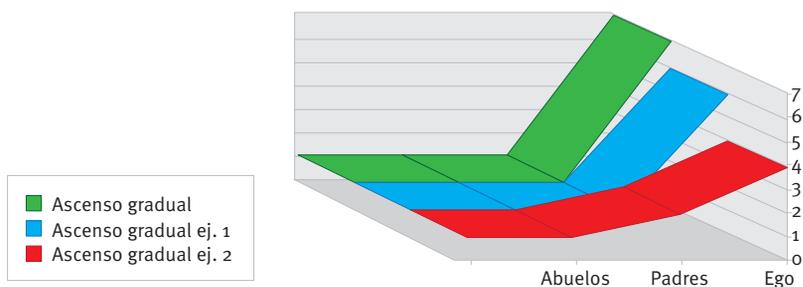


Figura 2

Trayectorias ascendentes graduales y trayectorias ascendentes aceleradas.

7 Simulado en la medida en que se trata de un ejemplo con perfiles tipo, para entender las figuras posteriores que sí corresponden a datos provenientes del trabajo de campo.

Para este caso presentamos tres ejemplos hipotéticos:

1. Ascenso gradual: abuelos con la primaria incompleta; padres con la secundaria completa, y ego con estudios de posgrado.
2. Ascenso acelerado (*caso a*): abuelos con la primaria incompleta; padres con la primaria incompleta, y ego con estudios de posgrado.
3. Ascenso acelerado (*caso b*): abuelos con la primaria incompleta; padres con la primaria incompleta, y ego con estudios universitarios.

Desde una perspectiva más integral, que en lugar de separar combine varios criterios de análisis de una trayectoria (nivel educativo, ocupación, relación urbano-rural), podría decirse que un ejemplo de movilidad gradual (o de larga distancia) es el de un entrevistado profesional liberal y urbano con una especialización, cuyos abuelos son agricultores con estudios incompletos de primaria y cuyos padres son comerciantes-artesanos y migrantes de la zona rural a la urbana.

A través de las figuras ya explicadas presentaremos los distintos tipos de trayectorias del grupo de entrevistados en Bogotá, las diferencias entre las trayectorias de Cali y las de Bogotá, así como la comparación de las trayectorias de hombres con las de mujeres, y de la línea paterna con la materna.

REPRODUCCIÓN Y QUIEBRES DE GÉNERO EN LAS TRAYECTORIAS DE MOVILIDAD SOCIAL

Una visión de conjunto

Aunque la exploración cualitativa de las trayectorias de movilidad social de nuestros entrevistados permite ver su variabilidad, en este aparte nos concentramos en analizar las tendencias compartidas por el grupo de entrevistados.

La primera observación que podemos hacer a partir de las figuras elaboradas es que las trayectorias de las mujeres tienden a ser más reproductivas que las de los hombres, para decirlo de otra forma, se observa mayor movilidad en los hombres. En ese sentido, es más frecuente que los hombres sean hijos y nietos de personas sin educación o con poca escolaridad, mientras que en el grupo de mujeres es más frecuente que sean hijas de profesionales o de personas con un grado medio de escolarización. Si tenemos en cuenta que los abuelos tanto de

hombres como de mujeres son en su mayoría desescolarizados, podemos concluir que el quiebre principal en el nivel educativo se da entre la generación de los abuelos y los padres.

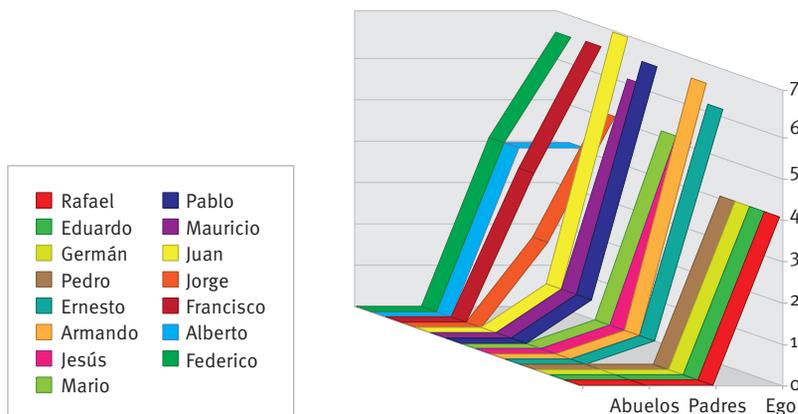


Figura 3
Nivel de escolaridad de los hombres en Bogotá (línea paterna).

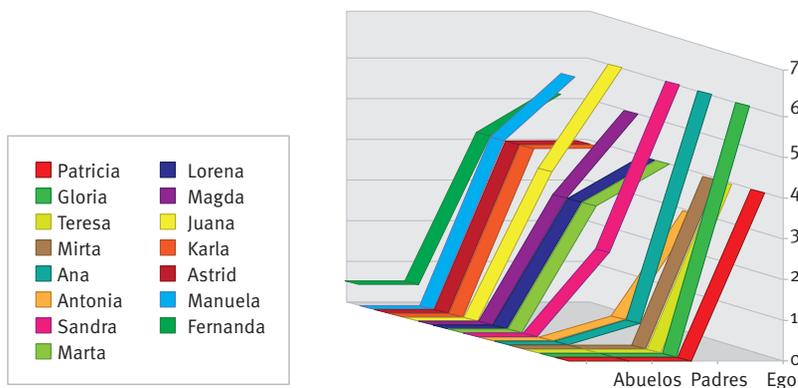


Figura 4
Nivel de escolaridad de las mujeres en Bogotá (línea paterna).

De otro lado, parece ser que la influencia del nivel educativo de abuelos(as), padres y madres tiene un peso diferenciado en las trayectorias educativas. Como vemos en la figura anterior, esa diferencia es más notable en los hombres, ya que sus trayectorias son de tipo

reproductivo más por la línea materna que por la paterna, mientras que las mujeres, como grupo, conservan un perfil parecido en ambas líneas.

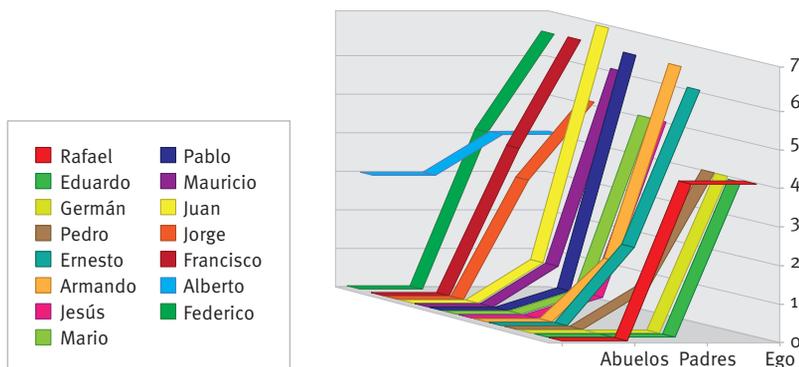


Figura 5

Nivel de escolaridad de los hombres en Bogotá (línea materna).

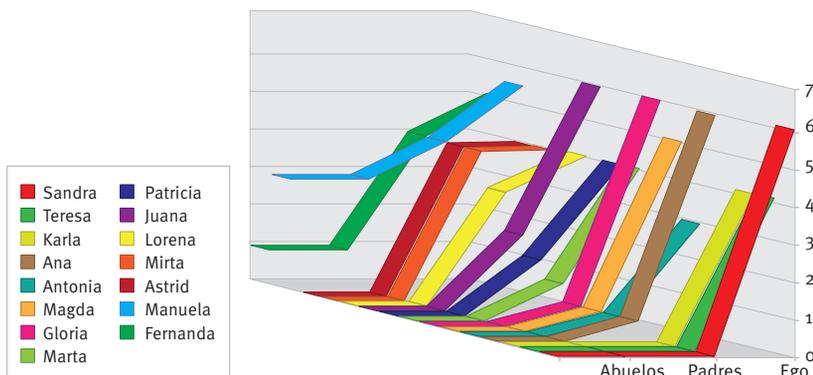


Figura 6

Nivel de escolaridad de las mujeres en Bogotá (línea materna).

En conclusión, se identifica un mayor ascenso social de los hombres y una mayor influencia de la línea materna en las trayectorias educativas, lo que además termina beneficiando más a los hombres que a las mujeres. Como en el caso analizado por Marielsa López (1998: 97) en Venezuela, encontramos que, en contraste con los estudios de movilidad que usualmente solo consideraban datos sobre los hombres,

[...] al abrir el universo hacia las mujeres apreciamos el peso que ellas representan dentro de los procesos de movilidad social [...], en especial en lo que respecta a la definición de proyectos de vida [...], en el diseño de estrategias para hacer realidad dichos proyectos, en la inculcación de valores tendientes a lograr la interiorización de los proyectos y estrategias destinadas a alcanzar trayectorias ascendentes, y sobre todo, en la responsabilidad que tienen en la ejecución de dichos proyectos y estrategias.

Ese protagonismo de las madres está muy presente en los relatos de los entrevistados y las entrevistadas; allí “la mujer aparece motorizando proyectos emprendedores, inconformistas, encuadrados dentro de la ideología modernizadora. Mientras que los hombres se presentan como representantes del conformismo, la tradición, las raíces, la tranquilidad, la identidad” (López, 1998: 97).

En concordancia con las observaciones del trabajo de López, en el cual no fue considerada la variable racial pero sí la de género, los resultados de este estudio confirman la importancia de la intervención de las madres y abuelas en las trayectorias sociales, no solo en el nivel microsocial y de las interacciones, sino también en un sentido estructural. Además del papel que tienen las mujeres en la concreción de esos proyectos profesionales por sus roles de cuidadoras y educadoras de los hijos, los datos mismos de su nivel educativo y ocupación (variable que también analizamos) influyen de manera diferenciada en las trayectorias profesionales de sus descendientes.

En relación con las ocupaciones y profesiones, las mujeres entrevistadas en Bogotá componen un grupo más diversificado que el de los hombres, aunque hay una tendencia a agruparse en las áreas de servicios. Entre los hombres hay un mayor número en ingenierías, ciencias naturales y ciencias sociales y ninguno trabaja en áreas de servicios. En conjunto, si miramos los dos ámbitos laborales que históricamente han sido importantes para el ascenso social de las poblaciones afrocolombianas, el de las profesiones liberales y el de la educación, encontramos que en el grupo de los entrevistados solo dos mujeres y un hombre ejercen profesiones liberales, mientras un número significativo de ellos trabaja en educación. Por otra parte, el empresariado no es relevante en nuestra muestra. Este perfil de los entrevistados es coherente con

algunos datos contextuales que describimos en el siguiente apartado para mostrar cómo, históricamente, las profesiones liberales pierden peso, así como la poca presencia del empresariado y de los negocios en los procesos de ascenso social de la gente negra en Colombia. Si incluimos información sobre los oficios, podemos corroborar la importancia de analizar, desde una perspectiva diacrónica, la relación entre el nivel de estudios de las personas entrevistadas y el oficio desempeñado. Efectivamente, algunos de los padres, aunque son menos educados, logran ejercer oficios tan calificados como los de sus hijos, cuestión que nos lleva a pensar que en la generación de los padres la relación entre el tipo de ocupación y el nivel de estudios era menos directa que en la generación de los entrevistados. Por otra parte, los hijos e hijas de profesionales y de padres semicalificados pueden ocupar el mismo nivel socioeconómico o uno próximo al de los padres, es decir, pueden tener ingresos y estilos de vida similares. En conclusión, las trayectorias de movilidad social de nuestros entrevistados son más de tipo reproductivo que de ascenso.

Las historias familiares

Se puede afirmar desde una perspectiva histórica que el ascenso social de la población negra colombiana comenzó en la segunda mitad del siglo XIX, después de la abolición de la esclavitud⁸, periodo en el que se empezaron a crear las condiciones sociales y culturales necesarias para la construcción de una nación que aspiraba a hacer parte del concierto de naciones civilizadas y con perspectivas de progreso (Andrews, 2007). Al inicio del siglo veinte la movilidad social de la población negra se produjo a través de su conversión en pequeña propietaria de tierras, pertenecientes algunas veces al Estado o provenientes de haciendas abandonadas. La población negra también logró una inserción en el mundo laboral como obreros que participaron en la construcción de vías ferroviarias como las que unían a Cali con la Costa Pacífica, como trabajadores de los puertos y como trabajadores de las plantaciones azucareras y bananeras (Viveros, 2010).

La gran depresión de los años treinta del siglo XX marcó un punto de inflexión importante para las economías, los sistemas de gobierno,

8 En Colombia la esclavitud fue abolida oficialmente en 1851.

las metas nacionales y las imágenes de la identidad nacional en toda América Latina (Andrews, 2007). El fracaso de las elites en la transformación de las naciones latinoamericanas en naciones similares a las europeas dio lugar a la búsqueda de nuevas vías de modernización económica e industrial y a la adopción de un discurso sobre el mestizaje racial de la región como esencia del ser latinoamericano.

Las trayectorias de esas primeras generaciones de clases medias negras provenientes de familias de Quibdó y del Norte del Cauca estuvieron asociadas al ejercicio de profesiones liberales por parte de quienes pudieron cursar estudios universitarios en Bogotá y Medellín en los años cuarenta y cincuenta, mientras que en la segunda y la tercera generación (aquella vivió su juventud en los años sesenta y setenta, y esta, en las décadas del ochenta y el noventa) están más presentes quienes se establecieron en Bogotá a partir de un cargo en el magisterio. Para la segunda generación también es importante considerar las posibilidades que se abrieron en el mundo laboral, gracias a la política de sustitución de importaciones. En este contexto se crearon posibilidades de empleo estable con buenos salarios y garantías laborales que asegurarían para sus hijos (la tercera generación) un acceso más expedito a la educación superior⁹. En relación con la tercera generación, debe tenerse en cuenta el espacio político y laboral que crea la redefinición constitucional de 1991, que le permitió a esta última generación una reciente inserción profesional tanto en instituciones del Estado como en ONG fundadas para aplicar las políticas asociadas a la reglamentación de la Ley 70 de 1993¹⁰.

El análisis de la composición de género de estas tres generaciones de entrevistados muestra que solo a partir de los años sesenta las mujeres de la población negra empezaron a participar directamente en el proceso de ascenso social, en particular a través de su formación en el magisterio. Si bien el acceso de las mujeres a la educación superior

9 Para profundizar desde un caso concreto en una región con abundante población negra, que permitió este tipo de proceso de consolidación, véanse los estudios sobre Puertos de Colombia (Urrea, 2010).

10 Esta ley, entre otras cosas, está relacionada con la etnoeducación, la titulación de tierras colectivas en el Pacífico, el rescate y la difusión de tradiciones culturales, así como con la labor de incidencia política para reclamar tanto derechos étnicos como políticas de protección en relación con el desplazamiento forzado.

fue posterior al de los hombres, vale la pena señalar que en las últimas generaciones su presencia en el mercado laboral está marcada por las mismas orientaciones de género que afectan a la población femenina trabajadora. Dicho de otra manera, la participación de las mujeres afrocolombianas es similar cuantitativamente a la de los hombres, pero es cualitativamente distinta, como lo ilustran las persistentes diferencias de los salarios de hombres y mujeres y la distribución sexuada de las disciplinas y profesiones descritas por varios estudios para toda la población (Arango, 2006).

Por último, debe tenerse en cuenta que en el ámbito del activismo también existen diferencias de género: mientras las actividades femeninas están circunscritas a proyectos de etnoeducación, las realizadas por los hombres son más diversificadas.

La lógica de género en el ascenso social

A continuación describiremos con más detalle la forma en que opera la lógica de género en los procesos de ascenso social. Si bien se ha estudiado mucho la influencia que tienen los padres en las trayectorias de ascenso social, el análisis del importante papel que juegan las madres en la promoción social de sus hijos —particularmente de los hijos varones, en los cuales se invierte más, previendo su lugar como futuros proveedores económicos de un hogar— se ha dejado relativamente de lado.

Las personas entrevistadas describen a sus madres como mujeres que alternaron las tareas domésticas con otras actividades económicas¹¹, ya sea participando en la agricultura y la minería, o como modistas, empleadas del servicio doméstico y, en el caso de las generaciones mayores, como maestras; es más, como funcionarias públicas en distintos niveles, en el caso de las generaciones más jóvenes. Llama la atención que en todos los casos estas madres son descritas como

11 Es importante aclarar que la afirmación de que las mujeres han estado ausentes de la producción es válida en Colombia solo para las mujeres de los grupos étnico-raciales y de clase privilegiados. Así, las mujeres negras en Colombia y en otros países han realizado tareas productivas desde el periodo mismo de la esclavización y en ese sentido han desafiado desde fechas muy tempranas la división sexual del trabajo y la atribución que se les hace como únicas responsables de las tareas reproductivas (véase Davis, 2004; Viveros, 2002).

mujeres que asumieron grandes responsabilidades económicas en sus hogares para asegurar la manutención y la educación de sus hijos.

Muchos de los entrevistados mayores, como Pedro, abogado de ochenta años, procedente de Condoto (Chocó) y quien en algún momento fuera Representante a la Cámara, se refieren a su madre con gran aprecio por su dedicación y en particular por su tesón para lograr que pudieran acceder a los estudios. La madre de Pedro era minera; según su descripción, ella “salía de la mina a las cinco o seis de la tarde y, antes de ponerse a cumplir con sus demás obligaciones conyugales, lo sentaba en sus piernas y le enseñaba a leer y a escribir”, de tal forma que cuando Pedro entró a la escuela primaria ya era alfabeto y había escuchado fragmentos de libros del escritor José María Vargas Vila, uno de los escritores colombianos más polémicos de principios del siglo xx en América, conocido por sus ideales liberales radicales, su anticlericalismo y antiimperialismo.

El capital cultural de esta madre negra no era tanto su nivel de escolaridad formal, sino su relación con “lo letrado” y su valoración del conocimiento, pese a las condiciones de pobreza en que vivía. A través del ejemplo y las lecturas le transmitió a Pedro una visión de mundo en la cual el saber ocupaba un lugar privilegiado. Pedro comenta que su madre “fue víctima de las costumbres campesinas, porque ella, entre muchos hermanos, hizo la primaria completa pero no pudo continuar sus estudios ni trabajar como maestra porque su propia madre se lo impidió para poder contar con su ayuda en la crianza del resto de sus hermanos”. Es decir, que si no hubiera sido mujer, esta oportunidad de estudio no habría sido truncada.

En el proceso de ascenso social de los entrevistados más jóvenes sigue siendo definitorio el papel de la madre y de su parentela. Ómar, originario de Buenaventura, ingeniero electrónico de 33 años, con un doctorado en informática y quien ocupa hoy un cargo importante en una empresa privada de consultoría, subraya la importancia que tuvo el apoyo de la familia materna para poder terminar sus estudios universitarios. Su prima lo inscribió en la universidad y le ofreció alojamiento y sostenimiento si pasaba el examen de admisión. Esta pariente, según sus palabras, fue “determinante para que pudiera estudiar”, al igual que un tío suyo, hermano de su madre, quien cursó estudios de posgrado en el extranjero y se convirtió en el ejemplo para

sus parientes más jóvenes. Ese lugar de modelo para las jóvenes generaciones es ocupado hoy por el mismo entrevistado, percibido como un punto de referencia para sus sobrinos y sobrinas, una de las cuales fue entrevistada a fin de ayudar a recolectar su historia familiar.

En estos dos ejemplos se observa, como en otros casos, que detrás de los éxitos individuales de los hombres entrevistados se encuentra casi siempre la presencia de una madre que inculcó la importancia del estudio y transmitió expectativas de ascenso social a través de los logros educativos. Estas madres consiguen, con sus propios esfuerzos o con el apoyo de sus parientes en mejor situación económica, apuntalar la trayectoria educativa y laboral de sus hijos. Esto no significa que la solidaridad familiar se oriente únicamente hacia los hombres, sino que se espera que la inversión que se hace en ellos les traiga a estos y a su familia más réditos que la que se hace en una mujer, por los supuestos riesgos que representa su condición de género.

Esta suposición no está totalmente dissociada de la realidad, ya que los eventos reproductivos juegan un papel diferencial en las trayectorias educativas y laborales de hombres y mujeres, como lo muestran las entrevistas realizadas. La biografía de Germán, ingeniero electrónico de 33 años, originario de Tumaco (Nariño) y miembro de una familia numerosa en la que de nueve hermanos solo dos varones alcanzaron estudios universitarios, ilustra cómo los eventos asociados al embarazo y a los proyectos matrimoniales muy temprano les truncan a las mujeres de la familia las posibilidades de ascenso social. En su caso, como en el de Ómar, el aporte de sus hermanas fue fundamental para la concreción de su proyecto educativo.

En otros casos, son las esposas y compañeras quienes apoyan las trayectorias laborales de sus maridos y acrecientan sus capitales simbólicos y sociales, centrando sus funciones en el ámbito expresivo de la familia y en el mantenimiento de la integración del grupo familiar. Es el caso de Alicia, una socióloga y trabajadora social, esposa de un médico muy exitoso. Ambos tienen alrededor de cincuenta años, y ella comenta que nunca ejerció ninguna de las dos carreras que estudió. Sin dar mayor explicación de por qué esto, dice con firmeza que ahora “es un ama de casa, dedicada a sus hijos y que cree que está cumpliendo y haciendo una buena labor”. En su caso, el capital cultural que posee no es puesto al servicio de su propia trayectoria laboral sino al

servicio del estatus del marido y de la familia. De hecho, durante la entrevista que se le hizo a él delante de ella, asumió con mucha habilidad la mediación diplomática que siempre está presente en la interacción de una entrevista entre pares. Cabe decir que estamos frente a un caso de clase media alta, pues en los casos de clases medias con menor capital económico las mujeres no tienen la opción de dejar de trabajar de manera remunerada —aunque puedan apuntalar las carreras de sus maridos—, ya que su aporte económico es fundamental para la economía familiar. Así se puede ver en el caso ya mencionado de Germán, en el que su esposa, economista, ha administrado un negocio familiar de productos marinos.

Las clases medias se definen no solo en oposición a las clases populares, sino en relación con muchos elementos constitutivos de las identidades de género hegemónicas: en este sentido, ascender socialmente implica, para las mujeres y los hombres negros, adecuarse a las normas de género dominantes y acoger los valores y comportamientos que vuelven respetables a una mujer y a un varón en la sociedad colombiana, usualmente atribuidos a las mujeres y a los hombres blanco-mestizos.

En el caso de las mujeres esto significa ser buenas madres de familia y esposas ejemplares, ser sobrias y discretas en su tono de voz, gestualidad y comportamiento social, y adecuar su presentación personal a la imagen de la feminidad valorada en estas clases sociales: la mujer debe ser delgada, elegante y “bien puesta”¹². Deben desexualizarse a partir de cierta edad y al haber adquirido el estatus de casadas, previniendo posibles equívocos de la vida cotidiana y laboral que pueden suscitar su supuesta lubricidad “natural”, persistente estereotipo de origen colonial que sale fácilmente a su encuentro (Viveros, 2004; Gil, 2010).

Por su parte, los hombres deben ser trabajadores responsables, buenos proveedores económicos y ojalá los únicos o los principales; deben moderar la expresión del gusto por los comportamientos licenciosos y tener modales de caballeros en el espacio público, para disociarse de la vulgaridad y desenfreno que se imputan a los hombres

12 Expresión coloquial que se refiere a una apariencia externa y a ciertos comportamientos morales que armonizan con las normas de clase.

negros de sectores populares (Viveros, 2002). Pero deben adoptar y encarnar no solo estas normas de género, sino también las normas sexuales que señalan que los hombres “normales” deben ser heterosexuales y renunciar a cualquier comportamiento que ponga en duda su virilidad. Únicamente de esta manera pueden pretender beneficiarse de los réditos sociales de la respetabilidad.

Es importante tener en cuenta que las críticas que puedan plantear las mujeres y los hombres a estos preceptos de género y sexualidad están muy limitadas por la necesidad simultánea que tienen de afianzar una posición social (siempre precaria) y de tomar distancia de los estereotipos que de antemano los devalúan en el orden sexual y de género. En consonancia con esta *hipernormalización*, es decir, un exceso de adecuación a las normas que se les exige para ser considerados como parte de las clases medias bogotanas, las personas entrevistadas expresan a menudo las tensiones que produce en ellas y ellos la constante puesta a prueba de sus lugares sociales y la obligación de encarnar, de manera más estricta que otros grupos sociales, las normas de respetabilidad. En efecto, las entrevistadas y los entrevistados expresan experiencias de autoexigencia continua que moldean personajes disciplinados, juiciosos y rigurosos en su desempeño laboral y en la vida cotidiana (Gil, 2010).

De manera análoga a la forma en que funciona la performatividad del género (Butler, 2002), entendida como la práctica reiterativa y “citacional” mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra, el discurso de la “raza” tiene también efectos performativos (Viveros, 2010). Desde esta perspectiva, ser “blanco” —o tener el estatus de “blanco honorario”, estatus que se les concede a las personas mestizas en Colombia y a algunas personas negras que ascienden socialmente— es el resultado de un proceso discursivo y práctico de racialización mediante el cual los cuerpos se constituyen y se materializan como “blancos”. Este proceso se vuelve imperceptible porque es naturalizado, “hecho cuerpo” y reiterado performativamente por quienes lo encarnan, lo que hace aparecer esta “blanquitud” como algo previo al discurso.

En nuestro caso, las personas entrevistadas “negras” que han ascendido socialmente están obligadas a repetir constantemente el guion social de la “blanquitud” —en el que representan un papel muy importante las

normas de género y sexualidad que son a la vez, como lo señalamos anteriormente, normas de clase—, para que este estatus al que acceden tenga cierto efecto de permanencia. Es decir, deben “blanquearse”, desistiendo de cualquier comportamiento de género, sexualidad y clase que pueda asociarse a lo “negro”. Sin embargo, como veremos a continuación, la relación que se puede establecer entre ascenso social y blanqueamiento no es unidireccional.

ASCENSO SOCIAL E IDENTIDAD NEGRA

La primera cuestión que habría que considerar para hacer una reflexión sobre las relaciones entre identidad negra y ascenso social es que ser “negro” no es una esencia sino una relación social, históricamente construida. Lo negro no existe en sí mismo, como una sustancia, sino como una cualidad relacional. Existen las “negras” y los “negros” porque son considerados como tales, de acuerdo con Pap Ndiaye (2006) cuando parafrasea argumentos del libro *Réflexions sur la question juive* de Sartre. Pero también existen, dentro de esta categoría, subgrupos en función de criterios de clase, género, orientación sexual, edad y generación, e incluso tonalidad de piel, que pueden ser objeto de tratos diferenciados. Dado que las diferencias raciales no constituyen la totalidad de la experiencia de la gente negra, las diferencias de clase, género y sexualidad, entre otras, ubican, posicionan y localizan de maneras distintas a la gente negra en relación con su identidad étnico-racial.

Es así como “lo negro” puede tener un lugar más o menos destacado en los proyectos de vida y puede ser asumido de diferentes modos, ya sea en la referencia a la etnicidad o a lo racial. Si entendiéramos “lo negro” como algo unívoco, nos sumaríamos a una interpretación simple del ascenso de las personas negras que explica ese proceso solo como blanqueamiento. Aunque las rupturas con el grupo de origen asociadas a procesos de *enclasmiento* son muy comunes en las trayectorias de ascenso social, coincidimos con el trabajo de Figueiredo (2002) sobre profesionales liberales negros en Salvador de Bahía al afirmar que no existe necesariamente una contradicción entre ascender y tener una identidad negra. Una comprensión polarizada del ascenso social como blanqueamiento entiende “lo negro” como algo esencial e invariable. Sin embargo, como lo refiere la autora citada, se puede

sentir “orgullo racial” sin tener “cultura afro”, o se puede adquirir una “identidad afro” como efecto del conocimiento “escolar” de la cultura negra, asociado precisamente al proceso de ascenso social.

En este caso, “lo negro” es entendido como un significado que siempre está localizado y es construido por los mismos actores sociales, mediante un proceso de individualización y autorreflexión. Es un sentido cambiante en el tiempo (en el grupo social como un todo y en la biografía individual), aunque siga teniendo hoy la impronta que dejaron los elementos históricos de su construcción colonial¹³. Las personas entrevistadas se relacionan con lo negro de manera muy disímil. Estas discrepancias expresan además el lugar que ocupan tales identidades en sus proyectos de vida y la manera como son utilizadas o dejadas de lado en las historias personales.

Una especificidad importante en el caso colombiano es la influencia de la ideología del mestizaje en la construcción de la identidad negra. Mientras que en algunos países el nacionalismo de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX adoptó la forma de la idealización del mestizaje y la afirmación de la ideología democrática general según la cual *todos éramos mestizos*, en otros países prevaleció la ideología discriminatoria que asoció la consolidación nacional con el proceso de blanqueamiento; ahora bien, en Colombia coexistieron ambas formas de nacionalismo. El discurso sobre el mestizaje en Colombia reúne dos elementos discordantes: la exaltación de lo mezclado y el progresivo blanqueamiento que implica en la práctica la desindianización y la desafricanización de su población (Viveros, 2009).

En el caso de muchas de nuestras personas entrevistadas se pueden percibir las ambivalencias que genera este tipo de discurso, en función de la pertenencia generacional, del momento histórico al que hace referencia, del momento en el curso de vida del propio entrevistado y de la subcultura regional. Así, en el marco del discurso nacional de mestizaje, alguien como don Pedro (de origen chocono, de la generación mayor que se educó en los años cuarenta del siglo XX) en su relato insiste en delimitarse en un posible *comunitarismo* negro. Don

13 La trata y la esclavización siguen teniendo un papel importante en la producción contemporánea de representaciones y experiencias sobre “lo negro” (véanse Viveros, 2004; Viveros & Díaz B., 2008).

Pedro subraya la importancia que tuvo para su ascenso social la buena relación sostenida con compañeros de estudio blanco-mestizos mientras hacía sus estudios universitarios en Medellín: “ellos me tendieron la mano sin muestra de racismo”. Otros, como Germán y Ómar, de generaciones más jóvenes, pretenden mostrar que nunca han sido objeto de discriminación racial porque no quieren asumir el costo simbólico de reconocerse como sujetos potencialmente discriminados. Otros subrayan el aporte de la cultura negra a la cultura nacional, sin socavar los fundamentos de ese orden jerárquico que concede mayor valor a las formas culturales que más se acercan a lo blanco.

En muchos relatos se hace referencia al ancestro blanco para mostrar que no se es completamente negro. Algunos de los entrevistados se valen de un fenotipo más claro para presentarse como menos negros, y quienes no pueden hacerlo manifiestan su carácter “blanco” exhibiendo sus redes sociales, sus capitales escolares y su capacidad performativa de clase. En un contexto neoliberal como el actual, las personas negras que han alcanzado un relativo éxito económico y social saben que pueden eludir la discriminación racial de la que podrían ser objeto, demostrando su condición social a través de sus posibilidades de consumo individual y su conocimiento de los códigos de las clases adineradas, como lo advierte Eliseo, médico cirujano de 51 años:

Yo siempre he sostenido que en nuestro país no existe tanto la discriminación racial como la discriminación social [...]. Cuando las personas aprenden a comportarse en un entorno de manera adecuada no son discriminadas. Entonces si tú vas a un club y llegas en tu carro y le das la propina al del [estacionamiento] seguramente te van a ver como cualquiera de los otros miembros del club.

La reflexión de este entrevistado expresa no tanto la inexistencia de prejuicios raciales, sino la importancia de exhibir los códigos adecuados de clase para no sufrir las consecuencias de ser percibido como “negro”, en una sociedad que hace equivalentes lo pobre y lo negro (Gil, 2007, 2010). Ese comportamiento juega como un elemento protector que permite escapar a ciertas discriminaciones raciales potencialmente más severas para la gente de piel más oscura o incluso para los más claros que no logran encarnar adecuadamente las normas de clase.

Algunas de las personas entrevistadas más jóvenes hacen énfasis en las diferencias existentes entre la generación de sus padres y la suya e invocan razones de orden generacional en la falta de conciencia de sus padres de lo que implica tener una cultura negra. Señalan también que en la generación de sus padres se hacía poca referencia a las especificidades tanto de la cultura negra como de las discriminaciones de las que habían sido objeto. Para esa generación, la admisión en el mundo de las clases medias había implicado la negación de cualquier especificidad cultural que los separara del modelo de progreso y civilización encarnado por las elites blancas locales. Otros, por el contrario, se reivindican como legatarios de una generación que logró posicionarse socialmente pese a las dificultades que tuvieron que enfrentar. Estas referencias son comunes entre los entrevistados y las entrevistadas cuyas trayectorias de movilidad social son reproductivas. El siguiente apartado de la entrevista con Eliseo, el médico cirujano al que hicimos alusión anteriormente, da cuenta en pocas palabras de este proceso de ascenso social que le permitió a la generación siguiente beneficiarse de lo que acumuló la generación precedente:

Mis padres se hicieron profesionales, cada uno por su lado, además con un esfuerzo importante. Las historias de los esfuerzos de mis papás son dramáticas. Te voy a decir: alguna vez me contaron que mi papá y su hermana se graduaron de bachilleres el mismo día, pero tenían solamente un par de zapatos, porque a mi tía se le habían roto los zapatos, ¡se les habían roto! Entonces el gesto de mi papá, quien era deportista, fue darle sus zapatos a mi tía y colocarse una venda para irse a graduar, de tal forma que la gente pudiese entenderlo: *como él es deportista tiene un pie lesionado*. Y así mi tía pudo ir con los zapatos de graduación. Entonces cuando uno ve que los hijos de uno tienen ya dieciocho pares de zapatos y se acuerda de esas historias, hay posiblemente mucho más mérito en el esfuerzo que ellos hicieron para llegar adonde llegaron.

Algunas veces las nuevas generaciones se distancian de los discursos étnico-raciales propuestos por el multiculturalismo y expresan su deseo de anclar sus sentidos de pertenencia en otros atributos distintos de los étnico-raciales. Es el caso de algunos jóvenes

entrevistados en el marco de la reconstrucción de ciertas historias familiares. Ellos dicen que no niegan la “evidencia de su color de piel o de algunos rasgos fenotípicos negroides”, como lo expresó uno de ellos, pero no les asignan la importancia que les dan sus padres. Todo sucede como si el logro social de sus padres hubiera sido también conseguir que sus hijos no se percibieran como parte de un grupo poblacional marcado o distinto de los demás. Podríamos decir que sus identidades son construidas por ellos como “posraciales” en un país que experimenta al mismo tiempo una gran dificultad para superar en la práctica la ideología del mestizaje que constituyó su identidad nacional.

[...] yo siento que me visto igual que mis compañeros, que hablo igual que mis compañeros, que pienso igual. O sea, porque yo como que me crie, o sea, como mi vida es igual al resto, entonces por lo mismo como que nunca me han señalado, porque pues soy como una más (Hija de ego familia 2)¹⁴.

Recuerdo un día que me botaron todos los cuadernos a la caneca, ¿sí? Pero bueno, no fue como, o sea, yo lo sentí como de todos los lados, pero era por hacer una mala broma a [cualquiera y] no a la niña negra del curso (Sobrina de ego familia 1).

Finalmente, un hecho llama la atención: el grupo de entrevistados y entrevistadas, en general, no pertenece a organizaciones afrocolombianas; de hecho, toma mucha distancia respecto de ellas. Al escucharlos podría pensarse que ascender socialmente implica hacer mayor énfasis en la igualdad que en la diferencia, cuestión que tiene como resultado no identificarse con proyectos o apuestas que destaquen la especificidad. Si bien algunos de ellos y ellas se sienten cercanos, por ejemplo, con algunas expresiones culturales afrocolombianas, consideran que se trata de una cuestión que pertenece a su mundo privado, lo que confirma de esta manera una idea clasista que percibe “la diferencia cultural” como un atributo de los grupos dominados.

14 En la investigación recopilamos tres historias familiares a partir de entrevistas a tres personas de generaciones diferentes de un mismo grupo familiar. Para efectos de preservar el anonimato de esas familias las identificamos en este artículo mediante números.

CONCLUSIONES

Es importante señalar que en el caso colombiano el ascenso social de las personas negras ha sido un proceso individual, en contraste con el ascenso de grupo que vivió la población negra en los Estados Unidos a través de ligas de negocios, instituciones religiosas de ayuda económica o las estrategias de “doble impuesto” para consolidar los negocios del gueto negro (Frazier, 1975), mecanismos propiciados por la segregación racial. Este tipo de ascenso social puede relacionarse con el lugar que le ha sido asignado a la gente negra y a “lo negro” en la sociedad colombiana. A diferencia de los indígenas, las personas negras solo fueron percibidas como otredad cultural en la representación nacional hasta la redefinición constitucional de 1991. Asimismo, la ausencia de dinámicas colectivas —como las desplegadas en el ámbito comercial por otras subculturas regionales como la *paisa*¹⁵, que en los procesos de colonización interna utilizaron la contratación prioritaria de personas de su grupo de origen para consolidarse como grupo social— ha tenido efectos negativos en el desarrollo económico de la población negra.

En este sentido se puede afirmar que en el caso colombiano existe una gran dificultad para consolidar una clase media negra, ya que sus miembros —aparte de su núcleo familiar y sus allegados— no cuentan con un soporte grupal que les permita dar continuidad a sus logros y beneficiarse con estos. Las trayectorias de ascenso social descritas en este texto confirman esta situación: las personas negras que han tenido algo de éxito han sacado provecho de un acumulado histórico y familiar más o menos disperso que les ha permitido abrirse campo en diversos ámbitos profesionales como el magisterio, la carrera política y las profesiones liberales. Sin embargo, no han logrado avances significativos para su grupo étnico-racial ni han podido modificar las representaciones negativas que pesan sobre él. Por otra parte, el éxito alcanzado por algunos de sus miembros solo puede sugerirle a los demás que “el camino más factible para avanzar socialmente no es la movilización colectiva, sino la perseverancia y el esfuerzo individual” (Andrews, 2007: 318).

A esta falta de estrategias grupales se suma cierto conservadurismo propio del proceso de ascenso y de reproducción social. Ese

¹⁵ Originaria de la región de Antioquia.

comportamiento conservador que pueden asumir socialmente estas clases medias negras, que se adhieren al orden establecido y procuran conformarse con este, no puede dissociarse de una pertenencia racial que fragiliza la posición social alcanzada o en proceso de alcanzarse. Por otra parte, una mayor cercanía con el Estado (que al parecer es un empleador más democrático que el sector privado en la recepción de minorías), a través de sus experiencias laborales y la constante exigencia de demostrar competencias profesionales (Gil, 2010), genera cierto afianzamiento de actitudes y comportamientos normativos, materializados en el proyecto profesional y personal de “hacer todo bien y correctamente”, en este caso, de hacerlo incluso mejor que las demás personas blancas y mestizas.

No podemos identificar en el momento actual una coyuntura que permita esperar una mayor posibilidad de movilidad social para la población negra en Colombia, y de hecho, según datos del Censo del 2005, las condiciones para la población afrocolombiana han tendido a desmejorar con la crisis económica general de los últimos años. Al respecto, es claro, como lo muestran las figuras de trayectorias, que la mayor movilidad puede identificarse en la generación de los padres y las madres de las personas entrevistadas, y que la pendiente de ascenso tiende a disminuir entre la generación de los padres y la de los entrevistados.

Si bien el pequeño segmento de personas negras gracias a su esfuerzo individual ha alcanzado niveles de vida superiores a los de la población en general, como lo sugieren los resultados cuantitativos de la presente investigación¹⁶, la tendencia de polarización continúa ya que la existencia de ese “décimo talentoso”¹⁷ no logra afectar las condiciones de pobreza y marginalidad que padece la población negra en general. El acrecentamiento de la distancia de riqueza entre una clase media y la población negra pobre ha sido señalada por estudios que muestran, por ejemplo, que en el caso de los Estados Unidos un tercio de la población afroamericana vive en condiciones de pobreza

16 Esta investigación tuvo un componente cuantitativo, que no es expuesto en este artículo.

17 En el sentido propuesto por Du Bois (1903).

inferiores a las que tenía antes del movimiento de los derechos civiles de 1960 (Hochschild, citado en Castells, 1997).

Agregaríamos, para finalizar, que las trayectorias y experiencias de nuestros interlocutores e interlocutoras, así como sus elaboraciones reflexivas muestran una variedad de apropiaciones del significado de “lo negro”. Estas apropiaciones son también generacionalmente diversas por la exposición de distintos discursos y prácticas institucionales sobre la identidad y el orden étnico-racial, ya sea en relación con la ideología del mestizaje o con el multiculturalismo; con la invisibilidad de la diferencia o, por el contrario, con la visibilidad étnica; y por último con la fuerte impronta de las identidades de clase o con la dispersión identitaria contemporánea hacia otras diferencias sexuales, de género y de estilos de vida. Las experiencias del grupo estudiado muestran, entonces, que lo negro no es una esencia y que en ese proceso de significación identitaria aunque los materiales son limitados, los resultados no son los mismos; también, que son diferentes los factores que intervienen: la migración de una ciudad con un porcentaje mayor de población negra a otra de menor porcentaje, el ingreso a espacios sociales más privilegiados, la incursión en medios profesionales restringidos a personas negras, la decisión personal de asumir una postura de orgullo racial o de adscribirse a una organización social afro —esta última muy poco común en el sector social estudiado—.

La cuestión de la movilidad social cobra un valor particular a la hora de pensar en soluciones para la marginalidad social y la discriminación racial que padece la población afrocolombiana. Estas trayectorias efectivamente muestran excepciones a la regla, son “hechas a pulso”, ya que no hay condiciones sociales favorables a ese ascenso. Las experiencias de discriminación racial relatadas por nuestros interlocutores, y a las que no hicimos referencia en este artículo, muestran que de todas formas los cambios en la posición de clase no preservan a las personas de tal experiencia, es decir, que generar condiciones de movilidad para la población afrocolombiana demanda una intervención específica para combatir el racismo y la discriminación racial. Un análisis del proceso de ascenso social de las poblaciones negras pone de presente la existencia y persistencia de los prejuicios raciales, la complejidad de esa experiencia y los límites de cualquier planteamiento que le asigne un lugar de vanguardia *per se* a las clases

medias para aportar todas las respuestas al problema de la marginalidad social de la población negra en Colombia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agudelo, C. (2005). *Retos del multiculturalismo en Colombia: política y poblaciones negras*. Bogotá: La Carreta Social.
- Andrews, G. R. ([2004] 2007). *Afro-Latinoamérica 1800-2000* (O. de la Torre Cueva, trad.). Madrid: Iberoamericana, Vervuert.
- Arango, L. G. (2006). *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional*. Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad Nacional de Colombia.
- Arango, L. G., Meertens, D. & Viveros, M. (2005, noviembre). *Discriminación étnico-racial, desplazamiento y género en los procesos identitarios de la población negra en sectores populares de Bogotá* (ponencia presentada en el Seminario Internacional Pobreza, Exclusión Social y Discriminación Étnico-racial en América Latina y el Caribe). Cali, Colombia.
- Arocha, J. (2002). *Mi gente en Bogotá. Estudio socioeconómico y cultural de los afrodescendientes que residen en Bogotá*. Bogotá: Alcaldía Mayor Distrital, Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Barbary, O. & Urrea, F. (eds.). (2004). *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Medellín: Lealon, Cidse, IRD, Colciencias.
- Bourdieu, P. (1979a). *La Distinction*. Paris: Les Editions de Minuit.
- Bourdieu, P. (1979b). "Les Trois états du capital culturel". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 30, 3-6.
- Butler, J. ([1993] 2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo* (A. Bixio, trad.). Buenos Aires: Paidós.
- Castells, M. (1997). *Le pouvoir de L'identité, L'ère de l'information*. Paris: Fayard.
- Davis, A. ([1981] 2004). *Mujeres, raza y clase* (A. Varela Mateos, trad. y ed.). Madrid: Ediciones Akal.
- Du Bois, W. E. B. (1903). "The Talented Tenth". En B. T. Washington (ed.), *The Negro Problem*. New York: James Pott and Company.
- Figueiredo, A. (2002). *Novas elites de cor. Estudo sobre os profissionais liberais negros de Salvador*. São Paulo: Annablume, UCAM & CEEA.
- Frazier, F. (1975). *Black Bourgeoisie: The Rise of a New Middle Class in the United States*. London: Collier Macmillan Publishers.

- Gil, F. (2007). *Discriminación racial, género y movilidad social: experiencias de personas negras de sectores medios en Bogotá D. C.* (tesis de maestría en Antropología, no publicada). Universidad Nacional de Colombia.
- Gil, F. (2010). *Vivir en un mundo de blancos. Experiencias, reflexiones y representaciones de “raza” y clase de personas negras de sectores medios en Bogotá D. C.* (tesis de maestría en Antropología Social, no publicada). Universidad Nacional de Colombia.
- López, M. (1998). “La movilidad social en Venezuela a través de historias de familia”. En T. Lulle, P. Vargas & L. Zamudio (coords.), *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales* (t. II, pp. 88-107). Bogotá: Anthropos, Universidad Externado de Colombia.
- Mosquera, C. (1998). “Estrategias de inserción de la población negra en Santa Fe de Bogotá. ‘Acá antes no se veían negros’”. *Cuadernos del Observatorio de Cultura Urbana*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Ndiaye, P. (2006). “Questions de couleur. Histoire, idéologie et pratiques du colorisme”. En D. Fassin & E. Fassin (dirs.), *De la question sociale à la question raciale? Représenter la société française*. Paris: La Découverte.
- Quijano, A. (2000). “Colonialidad del poder. Cultura y conocimiento en América Latina”. En W. Mignolo (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación, el debate intelectual contemporáneo* (pp. 201-246). Buenos Aires: Duke University, Ediciones del Signo.
- Urrea, F. (2010). “Patrones sociodemográficos diferenciales en Bogotá y Cali con base al Censo 2005 y la presencia de clases medias negras en las dos ciudades” (anexo informe final proyecto ‘Raza’, Género y Ascenso Social: la Experiencia de las Clases Medias Negras en Colombia [un Estudio de Caso en Bogotá y Cali]). Bogotá: Colciencias, Universidad Nacional de Colombia, Universidad del Valle.
- Urrea, F., Ramírez, H. F. & Viáfara, C. (2004). “Perfiles sociodemográficos de la población afrocolombiana en contextos urbano-regionales del país a comienzos del siglo xx”. En M. Pardo Rojas, C. Mosquera & M. C. Ramírez (eds.), *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico*. Bogotá: ICANH, Universidad Nacional de Colombia.
- Viveros, M. (2002). *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: CES, Universidad Nacional, Fundación Ford, Profamilia.

- Viveros, M. (2004). “Nuevas formas de representación de los viejos estereotipos racistas en los comerciales publicitarios colombianos”. En V. Lavou-Zoungbo & M. Viveros (eds.), *Mots pour nègres, maux des noir(e)s. Enjeux socio-symboliques de la nomination des Noir(e)s en Amérique Latine*. Perpignan: Marges, Presses Universitaires de Perpignan.
- Viveros, M. (2009). “Mestizaje y occidentalización”. En P. Vignolo (ed.), *Ciudadanías en escena. Performance y derechos culturales en Colombia* (pp. 381-382). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Viveros, M. (2010, enero 18). *Les classes moyennes noires en Colombie* (ponencia presentada en el seminario La Racialisation en Question). Paris.
- Viveros, M. & Díaz B., M. E. (2008). “Raza, sexualidad y la colonización de los cuerpos en Colombia”. En A. Rojas (coord.), *Cátedra de estudios afrocolombianos. Aportes para maestros*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Viveros, M., Gil, F., Urrea, F. & Viáfara, C. (2008). “Proyecto ‘Raza’, Género y Ascenso Social: la Experiencia de las Clases Medias Negras en Colombia (un Estudio de Caso en Bogotá y Cali)”. Bogotá: Colciencias, Universidad Nacional de Colombia, Universidad del Valle.
- Wade, P. (1997). *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad de Antioquia, ICANH, Siglo del Hombre Editores, Ediciones Uniandes.